

**H**ace unos años, después de un par de intentos fallidos, me animé a leer *El Capital. Crítica de la Economía Política* (1867) de Carlos Marx (del Fondo de Cultura Económica, traducción de Wenceslao Roces de ediciones revisadas por Federico Engels, tras la muerte de Marx, cuya primera edición se publicó en 1946, meses después del final de la Segunda Guerra Mundial y durante las primeras horas de la Guerra Fría). Pues bien, una vez superado el primer y aburrido capítulo "La mercancía", me llevé una grata sorpresa. *El Capital* es una obra grandiosa —no es ninguna novedad decirlo—, lleno de referencias históricas, filosóficas, culturales y literarias, con numerosas referencias globales que me llamaron mucho la atención. Aunque, claro, la obra se enfoca en Europa occidental, principalmente Inglaterra, "hogar clásico" del régimen capitalista-burgués y, es un análisis económico, lo que, para los no avisados en la materia —como su servilleta—, puede resultar tedioso y difícil de comprender, aunado a las referencias monetarias del periodo que, por la distancia temporal, espacial y cultural, no facilitan la lectura hecha desde México en el siglo XXI. Como el "quarter de trigo", "varas de lienzo", "galones de aguardiente", "una Biblia" (?!), ¡te la mamaste, Marx! Hubieras usado un "kilo de huevos" o algo más entendible (o incluso cuando emplea "libras esterlinas", ¿cuánto valía una libra, entonces?); o sus constantes ecuaciones Mercancía-Dinero-Mercancía, ponen en aprietos a quienes reprobamos matemáticas en la preparatoria por andar en asuntos de la pubertad.

Marx pone las bases de lo que después Immanuel Wallerstein llamará el "moderno sistema-mundo" o lo que historiadores han nombrado como la historia transnacional, ya que, desde los chingos de prólogos y prefacios, advierte del impacto que tienen las metrópolis capitalistas en las periferias ("teoría de la dependencia", le dirán luego), o las metrópolis en las otras metrópolis, como Estados Unidos en Inglaterra, ya sea por los cambios económicos o políticos y/o por la eterna lucha de clases, que provocaba "la gran campanada", el "toque de rebato que pone en pie a la clase obrera". La sublevación pro-

# AÚN HAY MARX!

KEVYN SIMON DELGADO



● BREVÍSIMAS Y APRESURADAS NOTAS  
SOBRE LA EXTRAVAGANTE Y  
SORPRENDENTE HISTORIA ✈ DE PORQUÉ  
EL ■■■■■■■■■■ ES UNA MIERDA,  
SEGÚN SE EXPLICA EN [EL CAPITAL](#)

letaria inspira a otros proletarios a continuar rompiendo sus cadenas y abolir definitivamente las clases. Esta "Biblia de la clase obrera" (apodo retomado por Engels), describe las condiciones de producción a las que se veía sometido el movimiento obrero en Alemania, Suiza, Francia, Holanda, Bélgica, Italia, España, etc. Condiciones que sintetiza a partir de "la biografía moderna del capital", la cual "comienza en el siglo XVI, con el comercio y el mercado mundiales". Aunque, se enfoca en el ■■■■■■■■■■ que podía tocar con sus manos, el del siglo XIX.

Llamó poderosamente mi atención que el temido comunismo (¡Ay, nanita!) prácticamente no es mencionado en la obra que, como advierte, se enfoca en analizar las leyes de la producción capitalista y "descubrir

la ley económica que preside el movimiento de la sociedad moderna". En un momento en el que el ██████████ de la Revolución industrial y el imperialismo se engrandecía, por lo que "hoy día, el ateísmo es un pecado venial en comparación con el crimen que supone la pretensión de criticar el régimen de propiedad consagrado por el tiempo". Sin embargo, al ser esta ley, esta sociedad, este régimen y este sistema, un producto de la historia humana, son susceptibles a cambios y procesos de constante transformación. De ahí la posibilidad, siempre real, de poder destruir al ██████████ y, de sus cenizas —reales y simbólicas, según el caso— construir un mundo nuevo.

Ahora, a diferencia de las lecturas marxistas del siglo XX, ni Marx ni Engels estaban peleados con la posibilidad o la estrategia de alcanzar la "revolución social" mediante "medidas pacíficas y legales", como vaticinaron que ocurriría en Inglaterra, por ejemplo. En otras latitudes, según estuvieran las condiciones objetivas y subjetivas, la estructura y la superestructura, el grado de avance del ██████████

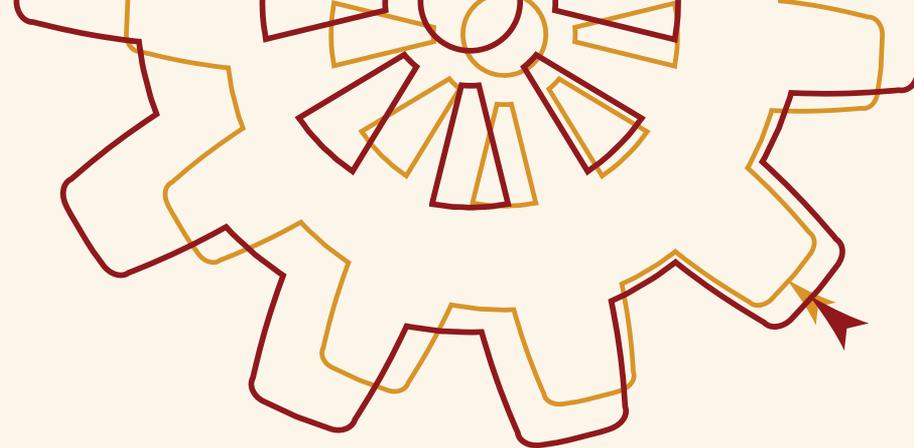
██████████ y el estado de salud del movimiento obrero, las medidas revolucionarias serían violentas.

En cuanto a la economía se refiere, tierra y trabajo eran la madre y el padre de la riqueza. La "despensa primitiva". El trabajo humano le daba valor a la mercancía. Quién posee las mercancías y las lleva al mercado, también. Su proceso de cambio, de mercancía en dinero (y así, sucesivamente, en circulación), según su forma específica de valor establecida en el precio (nombre del trabajo materializado en la mercancía), momento en el que se desarrolla un incremento, la plusvalía, es el proceso en el que el que se convierte en *capital*. Toda

mercancía es dinero. Todo dinero circulante, es principio y fin del proceso de la valorización. O algo así. "El movimiento del capital es, por tanto, incesante". Viene entonces, la primera descripción del sujeto capitalista. Contemplan:

*Como agente consciente de este movimiento, el poseedor de dinero se convierte en capitalista. El punto de partida y de retorno del dinero se halla en su persona, o por mejor decir en su bolsillo. El contenido objetivo de este proceso de circulación —la valorización del valor— es su fin subjetivo, y sólo actúa como capitalista, como capital personificado, dotado de conciencia y de voluntad, en la medida en que sus operaciones no tienen más motivo propulsor que la apropiación progresiva de riqueza abstracta. El valor de uso no puede, pues, considerarse jamás como fin director del capitalista. Tampoco la ganancia aislada, sino el apetito insaciable de ganar.*

En resumen: **¡Malditos cerdos capitalistas!** Diría Marx, "judíos interiormente circuncidados" (¡Aguanta, Karlitos, no te vayan a censurar por políticamente incorrecto!). Ah, porque la cosa se pone color de hormiga. El que aplica su fuerza de trabajo para crear una mercancía, no siempre —o casi nunca— es dueño de la mercancía, ya que, al no ser una persona jurídicamente igual, "lo que hace es venderse a sí mismo, convertirse de libre en esclavo, de poseedor de una mercancía en mercancía". ¡Zas, perros! Entonces, al no poder vender su mercancía en condiciones de igualdad, se ve obligado a vender como una mercancía su propia fuerza de trabajo. 🐷



**Vende su cuerpo.** Todas y todos somos trabajadores sexuales del ■■■■■■■■, su harem para satisfacer sus cachondas ganotas de acumular. En otras palabras, "el obrero trabaja la mitad de la jornada para sí y la otra mitad para el capitalista". Aunque, advierte, "la cuota de plusvalía no expresa la magnitud absoluta de la explotación". Valió madres.

Viene entonces, la mención a pie de página del inigualable y surrealista país llamado México, ya que, como todos bien sabemos, como México no hay dos. Dice Marx y agárrense confesados: →↑



**bla]. ↓**

→En los pueblos en que reina el trabajo libre, todos los códigos reglamentan las condiciones de denuncia del contrato. En algunos países, sobre todo en México (y, antes de la guerra norteamericana de Secesión, en los territorios desmembrados de México como se ha hecho también, en cuanto al fondo del problema, en las provincias del Danubio hasta el destronamiento de Kusa [¿eh?]), la esclavitud aparece disfrazada bajo la forma de peonaje. Mediante anticipos que han de rescatarse trabajando y que se transmiten de generación en generación, el peón, y no sólo él, sino también su familia, pasa a ser, de hecho, propiedad de otras personas y de sus familias. Juárez abolió el peonaje. Pero el titulado emperador Maximiliano volvió a restablecer esta institución por medio de un decreto, que en la Cámara de representantes de Washington hubo de ser denunciado acertadamente como el restablecimiento de la esclavitud en México.



¡Tómala, barbón! Y tú diciendo que Maximiliano era más liberal que Juárez. Pero bueno, Karlos deja a México en paz y se va a la yugular contra los capitalistas europeos, quienes, desde la alimentación que vendían al proletariado ya buscaban pasarse de lanza, ya que "venden casi todos ellos un pan adulterado con mezcla de alumbre, jabón, ceniza, cal, arena de Berbyshira [¡o de donde sea, caón, de donde sea!] y otros ingredientes igualmente sanos,

**agradables y nutritivos".**

**bla]**

Luego el buen Marx se clava en temas como “la transformación del dinero en capital”, “la circulación de mercancía”, la “plusvalía absoluta”, el “capital constante” y el “capital variable”. Ya saben, sus temas locochones. Llega por fin, a la joya histórica de *El Capital*, el capítulo VIII. Señoras y señores: “La jornada de trabajo”:

*El capitalista compra la fuerza de trabajo por su valor diario. Le pertenece, pues su valor de uso durante una jornada, y con él, el derecho a hacer trabajar al obrero a su servicio durante un día. [...] Como capitalista, él no es más que el capital personificado. Su alma es el alma del capital. Y el capital no tiene más que un instinto vital: el instinto de acrecentarse, de crear plusvalía, de absorber con su parte constante, los medios de producción, la mayor masa posible de trabajo excedente. El capital es trabajo muerto que no sabe alimentarse, como los vampiros, más que chupando trabajo vivo, y que vive más cuanto más trabajo vivo chupa.*

El capitalista “no encierra en su pecho un corazón”, desfalcando al obrero al robarle dos tercios de su trabajo durante toda su vida. Entonces, Marx saca su lado historiador y describe las condiciones del proletariado en la Inglaterra del siglo XIX, en cuya manufactura “Dante encontraría superadas sus fantasías infernales más crueles”. El trabajo excedente, las antihumanas fábricas (esa “*Casa de Terror*”), la permisividad de las leyes para explotar sin ningún tipo de regulación, la pésima calidad de la alimentación, el hacinamiento, el trabajo nocturno, el trabajo de las mujeres y los niños. En una palabra: la explotación. Dice Marx:

*El capital no pregunta por el límite de vida de la fuerza de trabajo. Lo que a él le interesa es, única y exclusivamente, el máximo de fuerza de trabajo que puede movilizarse y ponerse en acción durante una jornada. Y, para conseguir este rendimiento máximo, no tiene inconveniente*





en abreviar la vida de la fuerza de trabajo, al modo como el agricultor codicioso hace dar a la tierra un rendimiento inten-sivo desfalcando su fertilidad.

Se adelanta a Max Weber y su *Ética protestante y el espíritu del capitalismo*, cuando afirma que "el protestantismo desempeña un papel importante en la génesis del capital, aunque sólo sea por el hecho de haber transformado en días de labor la mayor parte de las fiestas tradicionales". Vendría, eso sí, de manera inevitable diría el propio Marx, la lucha de la clase trabajadora:

Como hemos visto, el capital necesitó varios siglos para prolongar la jornada de trabajo hasta su límite máximo normal, rebasando luego éste hasta tropezar con las fronteras de la jornada natural de 12 horas; pues bien, con el nacimiento de la gran industria, en el último tercio del siglo XVIII, se desencadenó un violento y desenfrenado proceso, arrollador como una avalancha. Todas las barreras opuestas por las costumbres y la naturaleza, la edad y el sexo, el día y la noche, fueron destruidas. Hasta los mismos conceptos del día y la noche, tan rústicamente simples y claros en los viejos estatutos, se borraron y oscurecieron de tal modo, que todavía en 1860 un juez inglés tenía que derrochar una agudeza verdaderamente talmúdica para "fallar" qué era el día y qué la noche. Fueron los tiempos orgiásticos del capital. Tan pronto como la clase obrera, aturdida por el estrépito de la producción, volvió un poco en sí, comenzó el movimiento de resistencia, partiendo de Inglaterra, país natal de la gran industria.

De esa lucha, vendría la lucha contra la esclavitud: "El trabajo de los blancos no puede emanciparse allí donde está esclavizado el trabajo de los negros. De la muerte de la esclavitud brotó inmediatamente una vida nueva y rejuvenecida". Y aún

hay miserables que opinan que protestar no sirve de nada. "Para defenderse contra la serpiente de sus tormentos, los obreros no tienen más remedio que apretar el cerco y arrancar, *como clase*, una ley del Estado, un *obstáculo social* insuperable que les impida a ellos mismos venderse y vender a su descendencia como carne de muerte y esclavitud *mediante un contrato libre con el capital*".

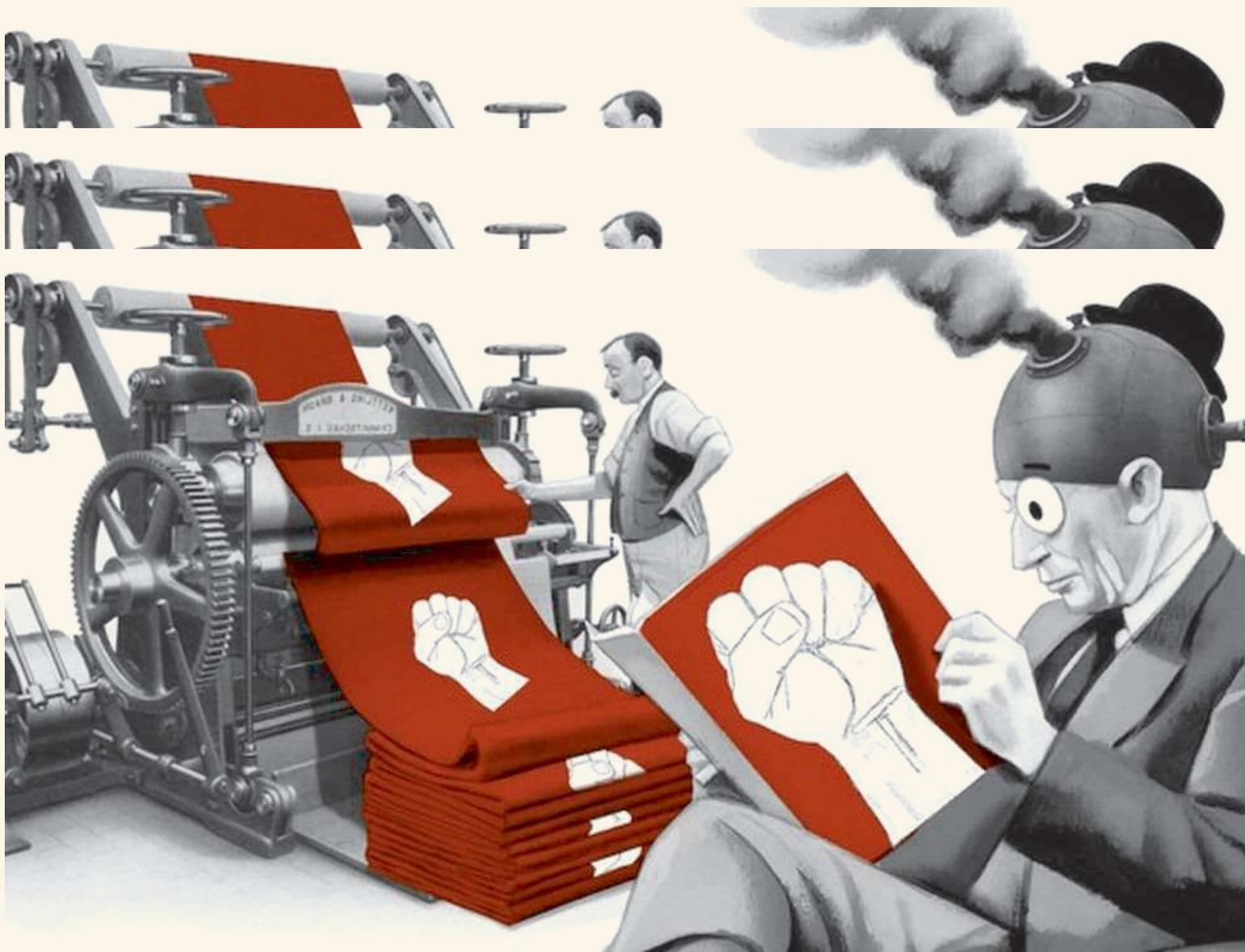
En fin, Marx explica otros rollos y avienta jocosas pedradas a sus detractores, a los defensores teóricos del ██████████ y a los socialistas utópicos (a estos, por sus románticas y cursis ideas de revolución, en las que el ██████████ nomás se cae porque si), pero léanlos por ustedes mismos.

**A** pesar de las críticas, unas con mayor fundamento que otras, el marxismo persiste y, es más, es vigente. Por supuesto que no podemos –ni debemos, como lo hicieron muchos seguidores en el siglo XX– seguir a pie de letra los santificados textos de Marx, ya que, además de que es imposible debido a que las ideas del susodicho fueron cambiando al paso de los años, lo que el marxismo requiere es una constante revisión histórica, es decir, aplicar su método a las siempre cambiantes y amoldables características del sistema capitalista. Estar a las vivas con el presente, en vez de empolvase y volverse un ortodoxo creyente de un texto immaculado.

Por cierto, Karl Heinrich Marx nació un 5 de mayo de 1818, hace ya 204 años, en la entonces Prusia, Estado del que surgiría la actual Alemania en 1871, producto de la guerra franco-prusiana. Marx falleció de una enfermedad pulmonar y de tristeza, dicen unos, consecuencia del fallecimiento de su compañera, Jenny von Westphalen, un año y medio antes, quien le aguantó todos sus vaivenes económicos y exilios por Europa, de donde había sido censurado, expulsado y expatriado. Sorprende su relativa juventud –64 años– cuando le llegó su hora el 14 de marzo de 1883. ¿Qué más hubiera escrito después del tomo I de *El Capital*? ¿Los tomos II y III de la misma obra, que fueron publicados tras su muerte y organizados por su eterno amigo Federico Engels –**"El día en que vea impresa la obra me emborracho sin remedio"** de pura felicidad, le escribió en 1865–, hubieran quedado como lo hicieron? ¿Cuál hubiera sido el destino de la primera Internacional Obrera, si su mayor ideólogo viviera más tiempo?

Se vale soñar con la unión del proletariado encabezando la revolución mundial contra los dueños de los medios de producción y su diaria explotación, alcanzando el socialismo y finalmente el comunismo, tras el fin de la lucha de clases, motor de la historia. Pero los hechos se dieron de un modo muy distinto. Ahí queda su Manifiesto del Partido Comunista, publicado hace 174 años, que advertía a la burguesía que el fantasma de la revolución ya estaba merodeando las caducas monarquías para hacerlas caer, decapitaciones de por medio. Ahí quedan todos sus seguidores 





y seguidoras, que por muy dogmáticos que fueran, todos le agregaron de su cosecha a "lo que Marx dijo". La enorme Revolución bolchevique en Rusia hace apenas 100 años, encabezada por Vladimir Lenin, la también gigantesca Revolución china con Mao Tse Tung de 1949 y la tropical Revolución cubana de Fidel Castro no se podrían comprender en su totalidad sin eso que alguna vez Marx soñó, sólo por mencionar unos ejemplos.

Por supuesto que en México ese mismo fantasma también recorrió sus fábricas,

ejidos, universidades y calles, pero el fantasma de la Revolución mexicana le puso un freno en una batalla espiritual por las almas de la clase trabajadora. Eso no quita que las ideas materialistas-dialécticas de Marx aún sirvan para explicar nuestro pasado y presente, e inviten a transformar nuestro futuro. A 139 años de su fallecimiento, bien vale la pena recordarlo y qué mejor manera de hacerlo que atreviéndose a leer directamente sus textos.

